



POLVORANCA, EL “TIO PIMIENTA”, SU ORGANILLO Y OTRAS HISTORIAS...

Víctor Manuel Muñoz Moreno

DESCRIPCIÓN BREVE

Reunidos un día con Jesús, Gil, Mariano y Tomás Sacristán, en el Bar Plaza, propiedad del primero, reconocieron que existieron dos o tres que tocaban el organillo.

Todos coincidieron, sin embargo, en que se trataba del abuelo Gil Sacristán, que era un célebre "virtuoso" de este castizo y madrileñísimo instrumento y que solía amenizar bodas, tertulias, banquetes y bailes, donde era muy apreciado por su calidad interpretativa, ya que como él mismo decía "hace falta un pulso muy especial para tocar el organillo."

POLVORANCA, EL “TÍO PIMIENTA”, SU ORGANILLO Y OTRAS HISTORIAS...

Era un día cálido de primavera. El sol hacía filigranas entre las ramas de los árboles que crecían a ambos lados de la maltratada carretera, apenas revestida con arena, que unía Getafe con Leganés.

Parecía como si el verano hubiera adelantado su llegada. El calor reverberaba en las piedras y creaba fantasmales espectros como si la ardiente carretera y las lejanas siluetas de las casas de Leganés, se agitaran en contorsiones y se elevaran como una neblina que sobrecubriera el paisaje.

Los gorriones y verderones buscaban la sombra acogedora de las cambroneras y las altas y afiladas hojas de pita que crecían en los bordes del camino.

Una bandada de cuervos sobrevolaba un rebaño que pastaba hacia la zona de Polvoranca, llenando el aire con estridentes graznidos.

El hombre, tiraba suavemente del ronzal, guiando al borriquillo cerca de la cuneta, para aprovechar la sombra de las moreras y acacias y proteger bajo ellas el organillo que, cubierto previsoramente con una manta, remolcaba.

- ¡Arre...! No te salgas de la sombra, que el calor puede estropear el barniz del organillo... ¡Maldita sea...! Despacio... déjate de trotes, que sufren las ruedas... ¡Qué cabezota...! Despacio, despacio...

Al pasar, algunos campesinos agitaban la mano y saludaban al organillero:

- ¡Adiós, Tío Pimienta! ¿De baile...?
- Sí; de baile, como de costumbre... Hasta luego.

Tras cruzar Leganés, el Tío Pimienta dirigió al animal en dirección a Alcorcón.

- No sé pa que te guío. Si sabes tú el camino mejor que yo... Anda, tira pa'lante, que voy a liar un cigarrillo.

Sacó la vieja petaca, tomó una dosis de tabaco picado y colocándolo sobre un papel de fumar, lió hábilmente un cigarrillo que cerró pasando la punta de la lengua sobre la fina línea engomada.

Mientras fumaba, el Tío Pimienta, pensaba como solía hacer cada vez que iba a la Venta de la Rubia, donde el Rey, Alfonso XIII, acudía los fines de semana, para bailar al ritmo del organillo.

"Le encanta - musitaba entre dientes - escapar de la Corte, buscando reposo y diversión en todos estos pueblos. Getafe, Leganés, Alcorcón, Boadilla... qué sé yo y todos..." Sonrió y volvió a recordar: "Se escapa por el portillo de Palacio y como buen jinete, galopa por todos estos campos y caza conejos, liebres, ciervos, zorros... ¡Y lo bien que galopa! Cuando se casó con la princesa Victoria Eugenia de Battemberg, encontró la horma de su zapato. Porque ¡vaya amazona y vaya cazadora que nos ha resultao Su Majestad...!

Alfonso XIII había nacido en 1896, siendo nombrado rey el mismo día de su nacimiento y hasta su mayoría de edad, en 1912 (el día que cumplió los dieciséis años) el trono estuvo bajo la tutela de su madre doña María Cristina.

- ¡Claro... sus responsabilidades comenzaron prácticamente cuando era un niño... Así que, ahora que puede, hace pero que mu requetebién, ¡qué demonios! Debe ser una carga eso de estar siempre vestido de "tiros largos", de uniformes de gala y en reuniones de compromisos políticos, "estirao" y sonriente, aunque pa sus adentros esté pasando las de Caín...

Lanzó una bocanada de humo, mientras recordaba las escenas cinegéticas de los reyes, galopando por los campos, parándose a saludar a los campesinos, bebiendo el agua fresca de los botijos, o aceptando una raja de sandía en cualquiera de los melonares que abundaban desde las afueras de la Alhóndiga hasta la misma entrada de Leganés. En cierta ocasión, el guarda jurado de nuestros campos (que por entonces se denominaban cuadrilleros), detuvo su jaca, allá por la zona de Malvarrosa, para ceder el paso, en una estrecha vereda, a la pareja real y los monarcas, a su vez, insistieron que pasara primero el cuadrillero para después, detenerse con él, departir amistosamente y echar un buen trago de vino de la bota que el guarda les ofreció...

- ¡Qué buena gente tenemos por reyes...! Claro que, a él, principalmente, le gusta más venir solo a Polvoranca, a la "Venta de la Rubia", que él llama "un oasis en el desierto castellano". La tiene gran cariño, no sólo porque se la regaló la Duquesa de Medina Sidonia, sino porque aquí se siente libre, baila al ritmo de mi organillo, bien con la reina, si ha venido, o con alguna moza del pueblo, y si no, con alguna dama de la Corte que le acompaña... ¡Claro que estas cosas, yo las veo y tengo que guardar la lengua, porque sería tanto como delatar a mi propio rey, que, por cierto, no es que haga traición a su real pareja.. ¡qué va...! Es que es así de campechano... Y al igual que baila con las mujeres sencillas, juega con nosotros a las cartas...

- Y hay que ver la picardía que tiene pa escaparse de palacio...- soltó una sonora carcajada - ¡menudo follón cuando su escolta descubría que se había escapao una vez más...! El Jefe de la Casa Real hecho una furia, los Ministros echando las muelas, los escoltas al galope tendido desde Madrid hasta... bueno hasta donde esté...- Volvió a reír, y dio una suave palmada en el anca del burro para avivar su marcha- ¡Anda, pollino, que hoy querrá su majestá baile y partida... (*)

(*) Cuando la cacería termina, vienen los comentarios. Todos tienen alguna novedad que referir. Surge el chiste y la agudeza. Y se baila. Se baila ante la fachada del chalet. En el escenario, en lugar de los tapices de Palacio, hay árboles. En lugar de brillantes losas, hay tierra. Y en lugar de la solemne orquesta, alegra el ambiente el organillo que ha traído de su pueblo, Getafe, en un carrito tirado por un burro, el "Tío Pimienta"

Todo cuanto venía mascullando el Tío Pimienta, era absolutamente cierto.

Así en "Alcorcón, Historia, Literatura y Leyenda", de Faustino Moreno Villalba, podemos leer:

"El hecho de asistir a estas reuniones informales del Rey, creó una cierta amistad, entre el monarca y el organillero. De cualquier modo, no se trataba de ningún hecho excepcional. Es característico de los Borbones hablar con los más humildes, saltándose el protocolo y permitiendo ciertas libertades que otros miembros de la Realeza jamás hubieran permitido. Esta amistad debió nacer como consecuencia de ciertos "secretillos" o "aventuras" reales que, naturalmente, los presentes presenciaban, disculpaban y ocultaban, en atención a la figura del Monarca.

Tras la caza, la galopada o el paseo, el baile y las animadas charlas, el calor exigía refrescar las reseca gargantas y la bebida de las ricas viñas de nuestra comarca rompía, aunque sólo fuera ocasionalmente, todo el protocolo, interviniendo todos los asistentes, sin distinción, en las partidas de cartas y otros juegos de azar, en los que participaban no sólo los caballeros de la Corte,' sino algunos vecinos de Alcorcón y el propio "Tío Pimienta", cuando dejaba de tocar el organillo."

En el mencionado libro, se dice:

"Todos los servidores de la Venta eran de Alcorcón y, por lo mismo, fueron numerosos los vecinos a quienes cupo el alto honor de tratar con tan distinguidos personajes y aún participar con ellos en ciertos juegos y apuestas. En una de estas gozosas tertulias, en 1919, en arrogante apuesta, el Rey arriesgó la Venta contra cinco duros y, por cierto, la perdió, aunque no por eso dejó de visitarla con la asiduidad de siempre".

Es obvio que, al leer el libro de Moreno Villalba, indagué en busca de nuestro famoso organillero. Pero no fue tarea fácil, en absoluto.

El mote de "Pimienta", es muy popular en Getafe y corresponde a los Sacristán la más numerosa familia de nuestra Villa, sin que hasta la fecha nadie le haya quitado tal honor. Por línea paterna, fueron siete hijos y veintidós nietos y por la materna, once hijos y cuarenta nietos.

Para quienes son amigos de números, estadísticas, padrones y tablas demográficas, me permito, amigo lector, hacer un breve resumen. Por línea paterna, Gil Sacristán, nacido en Getafe el 1 de septiembre de 1884, contrajo matrimonio el 2 de mayo de 1914 con Catalina Butragueño Lozano, nacida también en Getafe el 18 de enero de 1891. De este matrimonio nacieron siete hijos: Venancio, que casó con Rosario Serrano y que tuvieron una hija; Juan, casado con Luisa Fernández y que tuvieron un varón y una hembra; Jesús, casado con Julia Redondo y que tuvieron cuatro varones y tres hembras; Luis, que contrajo matrimonio con Angelita Cifuentes, quien le dio dos varones y una hembra; Mariano, casado con Francisca Rodea y padres de tres hijos y cuatro hijas; Gil, casado con Carmen Miñaca y padres de un hijo y una hija, y por último, María, actualmente monja misionera. ("Se casó con Dios", me escribió Jesús Sacristán en la lista de familiares que me entregó).

En total, once varones y once hembras, por línea paterna. En cuanto a la materna, procedente del matrimonio de Juan Butragueño Serrano y Petra Lozano, trajo al mundo once hijos y cuarenta nietos. De la pareja formada por Miguel Butragueño Lozano y María Butragueño, nacerían tres varones y dos hembras; de Emilio Butragueño y Concha Benavente, tres hijos y tres hijas; de Casimira y Ángel Benavente, dos hijos y cinco hijas; de Antonio y Mercedes, un solo hijo; de Catalina y Gil Sacristán, seis hijos y una hija; de Santiago y Ángeles Cervera, cinco hembras; Cayetana y Pablo Deleito no tuvieron hijos; Josefa Sacristán y Tomás Pereira, por el contrario, tuvieron dos y dos; Juan y Justina, tres niñas; Rosalía - empleando de nuevo la expresión de Jesús Sacristán - "se casó con Dios" y, por último, Ángel y Anita que tuvieron dos niñas. Resumiendo: dieciocho hijos y sesenta y dos nietos, amén de doce nueras y cuatro yernos.

Pero entre toda esta numerosísima familia, ¿quién fue el famoso "Tío Pimienta" el organillero de nuestra historia?

Reunidos un día con Jesús, Gil, Mariano y Tomás Sacristán, en el Bar Plaza, propiedad del primero, reconocieron que existieron dos o tres que tocaban el organillo. Todos coincidieron, sin embargo, en que se trataba del abuelo Gil Sacristán, que era un célebre "virtuoso" de este castizo y madrileñísimo instrumento y que solía amenizar bodas, tertulias, banquetes y bailes, donde era muy apreciado por su calidad interpretativa, ya que como él mismo decía "hace falta un pulso muy especial para tocar el organillo. Hay quien cree que basta con

hacer girar el manubrio, sin tener en cuenta la sensibilidad necesaria para interpretar cada pieza. El ritmo y la cadencia con que ha de sonar un chotis, jamás podrán ser los mismos que en un tango, un fragmento de zarzuela o una marcha militar"

Quizás esa fue la causa de que, a quienes ignoraban su "virtuosismo" les tratara con cierta rudeza, llegando, incluso, a merecer el sobrenombre de "el destrozabailes" o el "rompebailes" porque, en algunas ocasiones, cuando amenizaba el baile en el salón "EL LEÓN D'OR", de grato recuerdo en Getafe, arrancaba el manubrio, lo guardaba en su bolsillo y, sin despedirse siquiera, tomaba el tren a Madrid, en la Estación Corta y allí quedaban los bailones cacareando y sin plumas. (l)

Por tratarse de tan numerosa familia, hubo entre los "Pimienta" desde simples campesinos hasta industriales, comerciantes, empleados de correos y destacados historiadores. No sólo fue Gil, el organillero de nuestra historia, popular en Alcorcón y más concretamente en la Venta de la Rubia. Lo fue, igualmente, su hermano Pedro. Era agricultor y hacía diariamente el camino de Getafe a Alcorcón con un gran carro, arrastrado por cuatro mulas, que era su mayor orgullo, para entregar en la mencionada Venta su cargamento de trigo, para ser llevado a los molinos harineros. Pero he aquí que un día, Pedro Sacristán fue asaltado en el camino por dos individuos que le robaron sus preciadas mulas, le ataron a un árbol y echaron sobre él toda la carga del carro, ocultándolo a la vista de cualquier posible testigo. Como era de esperar, pronto se notó su falta en La Venta de la Rubia.

- ¿Qué pasará con Pedro el Pimienta? Parece que hoy se retrasa.

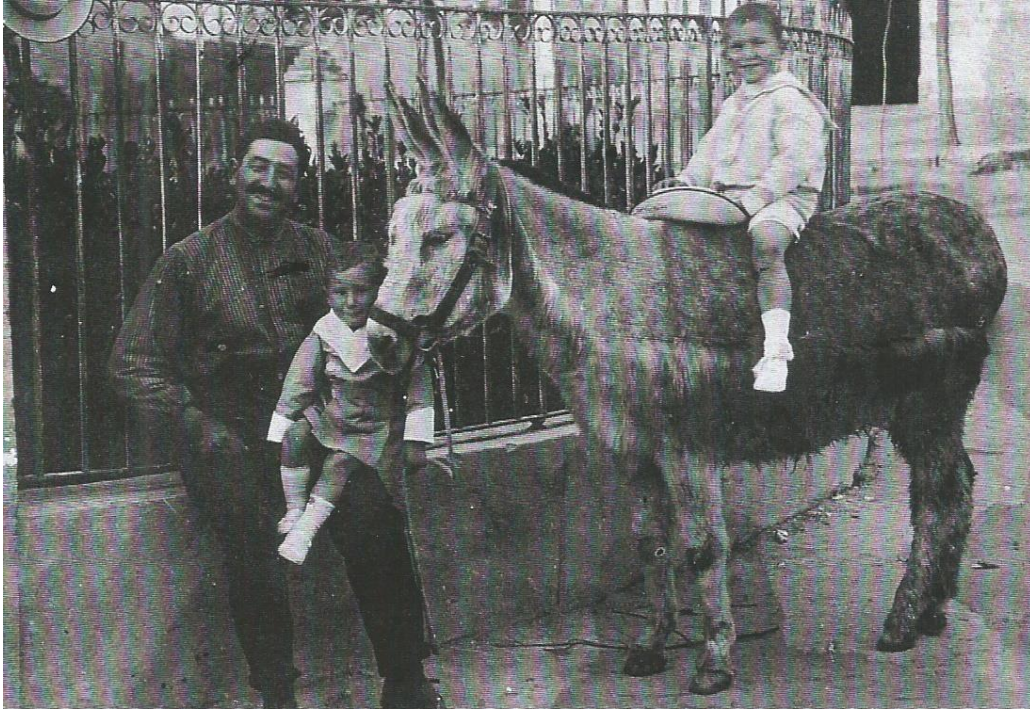
A medida que pasaba el tiempo, la inquietud crecía.

- Oye; pues esto ya es raro... ¡A ver si le ha pasado algo...!

Salió, pues, un grupo de amigos hacia el camino de Getafe y, cuando vieron el carro de Pedro tumbado en la cuneta, se acercaron a la carga vertida al pie del árbol. De ella salía la voz de Pedro que, casi ahogado, pedía socorro. Una vez liberado, contó su odisea. Se hizo la correspondiente denuncia en el Cuartelillo de la Guardia Civil e inmediatamente, salió una pareja al galope tendido tras los delincuentes, a quienes detuvieron en el momento de entrar por la Puerta de Toledo. Justo a tiempo, ya que, si hubieran entrado en Madrid, su localización hubiera sido prácticamente imposible; incluso es probable que las mulas ya tuvieran comprador de antemano. El hecho cierto, es que Pedro en aquel día podía haber encontrado la muerte, porque cuando este identificó a los ladrones y recuperó sus mulas, al salir esposados, uno de ellos le miró con ira y, volviéndose a su compinche, le apostrofó:

- ¡Ya te lo dije, imbécil, que pájaro muerto, no pía...! (l)

(1). Anécdotas narradas por los mencionados Jesús, Mariano, Gil y Tomás Sacristán, en la reunión celebrada en el Bar Plaza.



El "Tío Pimienta" con dos de sus hijos y el borriquito de nuestra historia.